

La calle para el jueves 7 de febrero de 2008  
Diario de un espectador  
Al fin juntos  
por miguel ángel granados chapa

Más de medio siglo después del enamoramiento inicial, y a pesar de sí mismos y de su entorno, los viejos Florentino Ariza y Fermina Daza están juntos, ella viuda del doctor Juvenal Urbino, él solterón agasajado por muchas mujeres. Él ha arreglado un viaje por río, a modo de luna de miel, aunque no sabe si habrá motivo para un festejo de esa naturaleza. Están a bordo. He aquí lo que pasa en la novela *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez, que dio pie a la película de Mike Newell:

“Al cabo de un largo rato, Florentino Ariza miró a Fermina Daza con el fulgor del río; la vio espectral, con el perfil de estatua dulcificado por un tenue resplandor azul, y se dio cuenta de que estaba llorando en silencio. Pero en vez de consolarla, y esperar que agotara sus lágrimas, como ella quería, se dejó invadir por el pánico.

--¿Quieres quedarte sola? --preguntó.

--Si lo quisiera no te hubiera dicho que entraras --dijo ella.

Entonces él extendió los dedos helados en la oscuridad, buscó a tientas la otra mano en la oscuridad, y la encontró esperándolo. Ambos fueron bastante lúcidos para darse cuenta, en un mismo instante fugaz, de que ninguna de las dos era la mano que habían imaginado antes de tocarse, sino dos manos de huesos viejos. Pero en el instante siguiente ya no lo eran. Ella empezó a hablar del esposo muerto, en tiempo presente, como si estuviera vivo, y Florentino Ariza supo en ese momento que también a ella le había llegado la hora de preguntarse con dignidad, con grandeza, con unos deseos incontenibles de vivir, qué hacer con el amor que se había quedado sin dueño.

Fermina Daza dejó de fumar para no soltar la mano que él mantenía en la suya. Estaba perdida en la ansiedad de entender. No podía concebir un marido mejor que el que había sido suyo, y sin embargo encontraba más tropiezos que complacencia en la evocación de sus vidas, demasiadas incomprensiones recíprocas, pleitos inútiles, rencores mal resueltos. Suspiró de pronto: ‘Es increíble cómo se puede ser feliz durante tantos años en medio de tantas peloterías, de tantas vainas, carajo, sin saber en realidad si eso es amor o no’. Cuando terminó de desahogarse, alguien había apagado la luna. El buque avanzaba con sus pasos contados, poniendo un pie antes de poner el otro, un inmenso animal en acecho. Fermina Daza había regresado de la ansiedad.

--Vete ahora --dijo.

Florentino Ariza le apretó la mano, se inclinó hacia ella y trató de besarla en la mejilla. Pero ella lo esquivó con su voz ronca y suave.

--Ya no --le dijo--huelo a vieja.

Lo oyó salir en la oscuridad, oyó sus pasos en las escaleras, lo oyó dejar de ser hasta el día siguiente. Fermina Daza encendió otro cigarrillo, y mientras lo fumaba vio al doctor Juvenal Urbino con su atuendo de lino intachable, su rigor profesional, su simpatía deslumbrante, su amor oficial, que le hizo una seña de adiós, con su sombrero blanco desde otro buque del pasado. ‘Los hombres somos unos pobres siervos de los prejuicios –le había dicho él alguna vez. En cambio, cuando una mujer decide acostarse con un hombre, no hay talanquera que no salte, ni fortaleza que no derribe, ni consideración moral alguna que no esté dispuesta a pasarse por el fundamento; no hay Dios que valga’. Fermina Daza siguió inmóvil hasta la madrugada, pensando en Florentino Ariza, no como el centinela desolado del parquecito de los Evangelios cuyo recuerdo no le suscitaba ya ni una lucecita de nostalgia, sino como era entonces, decrepito y rengu, pero real, el hombre que estuvo siempre al alcance de su mano, y no supo reconocerlo. Mientras el buque la arrastraba resollando hacia el fulgor de las primeras rosas, lo único que ella le rogaba a Dios era que Florentino Ariza supiera por dónde empezar otra vez al día siguiente”.